

EN DEFENSA DE NUESTRA IDENTIDAD⁴⁵

Todos los que me conocen, empezando evidentemente por mis hermanos, saben que no tengo nada de un occidental empedernido y menos aún de un “latino” a ultranza. Desde hace mucho tiempo he estado seducido por la teología, la espiritualidad y la santidad de la Iglesia de Oriente, y a veces he sucumbido a la tentación de la que me permito decir aquí alguna cosa: la de no ser lo que soy, o, más exactamente, la de no parecer lo que sigo siendo: un occidental, un latino.

Desde hace algunos años asistimos a un feliz redescubrimiento de las riquezas del pensamiento y de la vida de la Ortodoxia, es decir de la tradición oriental de la indivisa Iglesia de Jesucristo. Nadie podría negar los enormes beneficios que teólogos, espirituales, pastores, humildes buscadores de Dios, han podido y pueden beber en estas luminosas fuentes. Evidentemente estoy pensando en la divina liturgia, pero también en la Patrología, los escritos monásticos, la *Filocalia*, los contactos fraternos con monjes, laicos y sacerdotes de la Ortodoxia que se encuentran hoy día entre nosotros. Una suerte de epifanía, una tan maravillosa manifestación de belleza que, dentro de la aridez y fealdad en que vivimos, ha hecho surgir la tentación, si no de “pasar” a nuestra Iglesia hermana, por lo menos, de adoptar algunas de sus costumbres o “maneras” a expensas de nuestra propia tradición.

Hemos asistido primero a la invasión de los iconos. Hay que reconocer que muchos de ellos son otras tantas ventanas al cielo. En numerosas comunidades, y no tan sólo en las celdas de los hermanos y las hermanas, sino hasta en la iglesia misma, reemplazan a las estatuas o cuadros piadosos, muchos de los cuales –fuerza es reconocerlo– carecían de valor estético y religioso. Llevamos a modo de brazaletes o entre los dedos el rosario de lana negra que llevan los monjes y los obispos orientales para la oración de Jesús, y que reemplaza a nuestros rosarios, que han sido abandonados. Las “metanías”, pequeñas o grandes, reemplazan a la tradicional genuflexión, acompañadas de majestuosas señales de la cruz “al revés”. Se quema incienso al canto de la ofrenda vespertina de la luz, y los modos bizantinos suplantán a los “auténticos” y “plagales” de nuestras admirables melodías gregorianas, con mayor o menor éxito, confesémoslo. Algunos se complacen hasta en celebrar, si no enteramente según el rito de nuestro santo Padre Juan Crisóstomo o Basilio, por lo menos según algo que querría parecersele. Monasterios femeninos y masculinos “se convierten” al Oriente. Y es preciso reconocer que aquí o allá se han llegado a realizar en efecto hermosas liturgias, consiguiendo un ambiente de gozo celestial. Ahora bien, si se quiere ser objetivo, esto trae problemas.

Ante todo, hago notar que en general nuestros hermanos y hermanas ortodoxos no están tan entusiasmados con estos artificios, con estas maneras de obrar, y comienzo a comprenderlos. Es como si en Grecia, en Rumania o en la U.R.S.S., los cristianos orientales se pusieran súbitamente a celebrar según el rito de Pío V o de Pablo VI (lo que –por otra parte– no harán jamás, ¡estén seguros!), a hacer genuflexiones, a rezar el rosario, a santiguarse de izquierda a derecha o a cantar en gregoriano. Se sabe las dificultades que, en Grecia, por ejemplo, tienen los cristianos llamados “uniatas”, que sin embargo son griegos, pero descendientes de venecianos. El caso no es igual en otros países, pero se presta a mayor confusión aún.

Es que adoptar una liturgia, un rito, una manera de actuar, de cantar o de rezar, es ante todo, haber aceptado “ser” para expresar luego este “ser” con verdad. No se puede ser totalmente auténtico cuando se es “bi-rito”, según la horrible jerga convencional, aunque se celebre de manera impecable en ambos ritos. Y puedo comprender, aunque lo lamento sinceramente, que algunos, a fuerza de crecer en el ser y el rito ortodoxo, se pasen cualquier día oficialmente a la Ortodoxia. Me parece que es, justamente, una cuestión de honestidad consigo mismo y con los demás.

⁴⁵ Tradujo: Hna. Paula Debusy, osb. Abadía de Santa Escolástica, Argentina.

¿Es posible explicar este reciente fenómeno sociológico que constatamos? Sí, es posible. No pienso que se trate de un menosprecio sistemático de las riquezas de la tradición occidental y de sus expresiones religiosas, sino más bien de una ignorancia casi total, consecuencia de un abandono casi universal, so pretexto de puesta al día, de renovación, de adaptación al mundo de hoy, de demitización.

No hay duda de que cada pueblo tiene su genio propio, que puede evolucionar porque es vida. Si en África, en las Antillas o en América del Sur se comienza a danzar o a cantar al salir del seno materno, no ocurre lo mismo por cierto en Alemania, en Escandinavia, en Lovaina, en Gantes o en Lyon. La cultura latina, el juridicismo romano, el intelectualismo y el “Discurso del método”, así como el clima frío y brumoso pueden hacer de nosotros “los occidentales”, hombres y mujeres que canten y bailen “con moderación”, que desconfíen de su sensibilidad, dejándola desdeñosamente para los napolitanos, y aprecien al hombre más bien por su cerebro que por su corazón. Un mal de esta naturaleza viene aquejando desde hace mucho tiempo a una gran parte de nuestra Iglesia latina, que, sin embargo, nació en Jerusalén en medio del viento y el fuego. Es verdad que por algunos siglos se vivió en lo imprevisible de tal nacimiento, pero poco a poco, los grandes gestos litúrgicos, las expresiones de la fe y el amor se volvieron afectadas, encogidas muchas veces hasta el ridículo y por fin, últimamente, barridas en dos tiempos, tres movimientos, porque ya no “querían” decir nada.

Pienso, entre otros, en el sacramento del bautismo, donde la inmersión del catecúmeno fue poco a poco reemplazada por una juiciosa ablución sobre la frente “por medida de pudor”, y el gesto del *Epheta*, suprimido “por medida de higiene”... Pienso en el sacramento de la eucaristía, en el que el pan se ha tornado una hostia frágil y transparente, y el vino fue reservado únicamente a los celebrantes, y el hermoso gesto de las manos que se extienden para recibir el Cuerpo del Señor se ha mudado en la tímida y grotesca sacada de la punta de la lengua. Y qué decir del beso de paz, que ponía de fiesta a la catedral de San Trófimo de Arles, reducido a un casto abrazo entre eclesiásticos o al insignificante apretón de manos que conocemos. En cuanto a la celebración del Oficio divino, cuyos hermosos textos nos invitan a exultar, a postrarnos, a aplaudir, a levantar las manos hacia el Señor, a inclinarnos profundamente, a danzar alrededor del altar, ¡tiempo perdido! Nos hicimos y nos seguimos haciendo los sordos, y permanecemos inflexibles, derechos como postes, o tranquilamente sentados. En cuanto a las bendiciones, a las procesiones en los días de fiesta, al uso del incienso, a los ornamentos, a las flores, a las luces, más vale no hablar. Un prelado, con quien tenía yo el honor de concelebrar y a quien le hacía notar la ausencia de cirios sobre o junto al altar, me respondía: “Pero, ¿no ve que hay sol?...”.

Ahora bien, la religión cristiana, quiero decir “el arte de vivir” en Cristo ante el Padre, tanto en Occidente como en Oriente, no es asunto sólo de alma y menos aún de cerebro. Es una manera de ser, una actitud de hombres o de mujeres dotados por Dios de una sensibilidad, de una afectividad, de una emotividad innegables, y que tienen derecho a expresarse por medio de actitudes, gestos, fórmulas y objetos que digan y alimenten el compromiso con las “cosas que agradan a Dios”. Reconozcamos que el intelectualismo es uno de nuestros mayores defectos, sobre todo entre nosotros, clérigos, religiosos y religiosas. Por eso hemos partido del principio de que el pueblo, el “laos”, que es o debería ser el actor de la liturgia, debe leerlo todo, saberlo todo, comprenderlo todo, reconocerlo todo, o más aún, que es preciso adaptarse a cualquier precio al ambiente, a la asamblea, a su nivel cultural, sociopolítico. Y así hemos llegado a lo que ya sabemos: el “miserabilismo” de las formas. Al escribir esto tengo la vaga impresión de que algunos pensarán que soy uno de esos nostálgicos del pasado. De ninguna manera, por lo menos en lo que se refiere a un cierto pasado, por otra parte reciente, al cual se aferra desesperadamente alguien que ustedes conocen...

El tesoro de la Iglesia de Occidente comprende un conjunto de gestos, movimientos, juegos, escenografía, representaciones, cantos, vestiduras, de una belleza, una nobleza y un poder evocador incomparables y que nos conducen al secreto de la fiesta pascual que es el misterio de Jesucristo. Por eso, les aseguro a las jóvenes generaciones que nada tienen que envidiar a las Iglesias de Oriente. Sólo tienen que tomarse el trabajo de redescubrir el estilo de nuestra Iglesia e ingeniarse para celebrar

magníficamente. Hoy, probablemente más que nunca, tenemos necesidad de orar y de actuar ante Dios en un registro de belleza. Y la belleza está allí, al alcance de la mano, la nuestra, la que agrada a Dios, y que nuestras Iglesias hermanas esperan desesperadamente.

Hace algunos años Tomás Merton hacía resaltar que:

“Un árbol glorifica a Dios ante todo siendo un árbol. Porque siendo lo que Dios quiere que sea, imita una idea que está en Dios y que no es distinta de la esencia de Dios. Por eso, siendo un árbol, imita a Dios. Cuánto más se asemeja el árbol a sí mismo, tanto más se asemeja a Dios. Si tratara de asemejarse a alguna otra cosa, que jamás estuvo destinado a ser, se asemejaría menos a Dios y, por consiguiente, lo glorificaría menos”. Y Merton continúa: “La perfección de cada cosa creada no reside simplemente en su conformidad con un tipo abstracto, sino en su identidad individual consigo mismo. Este árbol determinado glorificará a Dios extendiendo sus raíces en la tierra y alzando sus ramas en el aire y hacia la luz de una manera que, ni antes ni después, ningún otro árbol lo hará. Cada ser en particular, en su individualidad, su naturaleza concreta y su entidad, con todas sus características, sus cualidades propias y su inviolable identidad, glorifica a Dios siendo precisamente lo que Él quiere que sea aquí y ahora, en las circunstancias prescritas por él, por su amor y su arte infinito”⁴⁶.

Un grupito de religiosas ha fundado recientemente un monasterio de rito oriental. ¡Viva la libertad! Pero cuando uno piensa que su Orden tiene su manera propia de “bailar delante del Arca”, su liturgia, ¿cómo no deplorar que estas monjas –que saben que las quiero– no hayan intentado encontrar su rostro (tanto más que es casi oriental) más bien que adoptar la máscara de san Juan Crisóstomo?... Pero lo mismo ocurre en mi Orden. La liturgia dominicana tiene una prodigiosa riqueza de textos, gestos, melodías, devociones, aun cuando tradicionalmente se la celebre “breve y sucintamente” según la expresión de nuestras antiguas Constituciones. Ha soplado un huracán y sin que nadie gritara ¡Cuidado! toda una modalidad propia de la Orden ha caído en el olvido. Comprendo entonces que muchos de nuestros jóvenes hermanos y hermanas, “amantes de la belleza”, como lo prescribe la Regla de San Agustín, que profesamos, jueguen a los bizantinos cuando no a los archimandritas, o busquen en los grupos carismáticos o en la práctica del yoga y del zen un modo de expresión para poder “ir hacia Dios” o “expresar a Dios”, a expensas de su identidad y del patrimonio maravilloso adquirido por sus hermanos y hermanas.

La entrada en los tiempos modernos ha sido para la Iglesia de Occidente extremadamente funesta desde muchos puntos de vista, pero más particularmente desde éste de que estamos hablando. Debemos reconocerlo humildemente y, como nos lo aconseja el decreto conciliar sobre “la renovación de la vida religiosa”, volver inteligentemente a las propias fuentes, a los tiempos en que todavía se hablaba del hombre y no del alma, cuando se pensaba que se va a Dios por entero y que por entero se expresa uno en su presencia, con su propio aire de familia, con los gustos y el perfume del propio terruño. No puedo dejar de pensar, por ejemplo, en nuestro maravilloso canto llamado “gregoriano”. Si bien es cierto que con demasiada frecuencia se tornó un canto de estetas, debemos recordar que originariamente, en sus piezas más auténticas, es un canto enteramente nuestro, enteramente de Dios. Durante siglos fue plasmado por el fervor contemplativo y la alegría de la Encarnación de los cristianos de Occidente, tanto que permanecerá siempre como la prueba notoria de nuestra habilidad para hacer brotar de lo más hondo de nuestro ser un auténtico canto de Iglesia. No niego el esplendor místico del canto bizantino, especialmente en su versión eslava. Me conmueve, pero no brota de mis entrañas, aun cuando mi voz de bajo me permite llegar hasta el re bemol. Porque mis entrañas no son ni griegas ni rusas, sino simplemente bearnesas. Y hay que tener la humildad de aceptarse tal como Dios ha querido que seamos. Así, pues, representa una gran riqueza y una gran alegría el saber que somos complementarios, Oriente-Occidente, y el serlo realmente en el servicio de amor de nuestro grande y noble Señor.

⁴⁶ Cf. Tomás MERTON : *Semillas de Contemplación*, Ed. Sudamericana, Bs. As. 1952, pp. 27-28.

Nunca me ha gustado el “como si”, aunque lo haya practicado, más por ligereza que por malicia. Y es esto precisamente lo que me fastidia y me irrita cuando veo a mis hermanos y hermanas de Occidente “hacerse” los Orientales. No quiero decir que su oración no sea verdadera ni que sean disfrazados. Dios me libre de tal juicio, que sería totalmente falso. Pero ¿por qué un ruiseñor jugaría a ser urraca, o una urraca a ser ruiseñor? “Dios llamó a la tierra ‘tierra’ y a la masa de las aguas ‘mares’ y vio Dios que eso era bueno” (Gn 1,10).

El año pasado me encontraba yo en Notre-Dame de París para la celebración de las Vísperas de Pentecostés. Y estaba muy orgulloso y contento de ser hijo de la Iglesia. Sin embargo, nada extraordinario, nada bizantino en la liturgia: sólo el canto solemne del *Veni Creator*, los salmos y las maravillosas antífonas de la fiesta, juntamente con música de órgano, incienso, celebrantes que “celebraban” la fiesta del Espíritu Santo a nuestro modo tan hermoso, como es posible hacerlo siempre que uno quiera tomarse el trabajo y darse la alegría de extraer las riquezas del patrimonio de la Iglesia a la que pertenecemos y de la que podemos estar ciertamente orgullosos.

Francia